

Colombia: una paz bélica

ALEJANDRO ANGULO*

LA IMPOSIBLE CAIDA DEL PARTIDO DE GOBIERNO

Todavía se respira hondo en Colombia. Desde el lunes 31 de mayo, con el triunfo electoral de Belisario Betancur, el candidato conservador a la presidencia de la república, parece que se hubiera levantado una nube de plomo del cielo colombiano. Es una sensación extraña, como si se olvidaran todos los problemas reales del país, o como si hubieran sido resueltos.

Aunque las encuestas más serias venían señalando el probable triunfo del conservatismo unificado, contra un liberalismo dividido, la facción liberal mayoritaria, comandada por Alfonso López Michelsen no admitía la evidencia. Su líder, aspirante al comando del dúo dinámico Pérez-López, después de la muerte de Torrijos, contaba con su reelección para apuntalar tales aspiraciones. ¡Uno de los temas de su campaña había sido la afiliación del liberalismo colombiano a la Internacional Social Demócrata!

Para quien conozca los programas y realizaciones del liberalismo colombiano, esa promesa tenía tanto de ficción como algunas de las demagógicas ofertas lanzadas por Betancur durante su propia campaña. Con todo, éstas últimas demostraron poseer más agarre que las de su contendor. Hay que reconocer, sin embargo, que el programa de López era el mejor estructurado de los enunciados por los cuatro candidatos.

Los analistas políticos del grupo lopista se preguntan todavía cómo ha sido posible que se les escapara de las manos una victoria que creían tener asegurada. Pero para el conjunto del país es evidente que, fuera de las reglas elementales de la aritmética, el reciente mandato ejercido por el candidato López era un argumento suficiente. La gran promesa incumplida de redistribuir el ingreso, ilustrada con el nombre fallido de su plan de desarrollo "Para Cerrar La Brecha", era un punto en contra ante los sectores populares. Su relación incestuosa con el gran capital internacional,

fuera de los problemas de corrupción administrativa, lo llevó a enfrentar la burguesía industrial de las ciudades. Y su deficiente ejecución del DRI (Desarrollo Rural Integrado) y del PAN (Programa de Alimentación y Nutrición) no alcanzó a ganarle los votos rurales. A la división del partido, añadía López un verdadero descontento nacional protagonizado por agricultores, obreros e industriales. Estas son las grandes líneas de análisis de su derrota.

El triunfo de Betancur fue por otra parte la culminación de una de las campañas electorales más vivas de los últimos tiempos, en Colombia. Después de las monótonas elecciones alternadas del Frente Nacional que, desde 1958 hasta 1974 amellaron los filos partidistas, los porcentajes de abstención del voto habían alcanzado niveles exorbitantes: en 1980 sólo votó la cuarta parte de la población que podía hacerlo para elegir corporaciones intermedias. Y para las correspondientes de 1982, aunque la proporción de indiferentes bajó, no se puede hablar todavía de recuperación total.

LA POLITICA DETRAS DE LAS URNAS

Parte del interés de las elecciones lo conformó la aproximación del liberalismo al cotejo. Otra buena razón pudo ser la preocupación nacional con la guerrilla, especialmente el M-19.

Durante los meses de julio a septiembre de 1981, se dieron dentro del liberalismo las batallas decisivas por la designación oficial del candidato del partido a las elecciones presidenciales de 1982. Como siempre, se enfrentaron los sectores más independientes y más modernos, los que buscan un partido más democrático, contra las políticas regionales, cuyos electores están asegurados por medio de regalos burocráticos.

La convención nacional del partido liberal terminó eligiendo a López como candidato presidencial. Este triunfo del clientelismo político significaba una ruptura dentro del esfuerzo conciliador que se había dado una dirección tripartita conformada por tres expresidentes: Alberto Lleras, Carlos Lleras y Alfonso López. Los dos Lleras se retiran,

a raíz de la convención y López es proclamado director único y candidato del partido liberal. O sea, que a los puntos en contra señalados más arriba entre pueblo y burguesía, vienen a añadirse otros cuantos adversarios por estrictas razones políticas. A partir de ese momento, se organiza una campaña que agudizaría los resentimientos de los copartidarios y de los adversarios políticos porque renovaba las heridas producidas por la convención, subrayaba el sectarismo partidario y tenía una posición poco clara frente al problema de la paz.

Entre los toques de mal gusto se contaba el haber escogido como lema un escudo que representaba dos gallos en pelea: uno rojo y uno azul. No faltó quien señalara que la elección del gallo rojo tenía connotaciones internacionales. De allí a concluir en el apoyo financiero de fuentes externas al partido y al país sólo había un paso.

EL HERMANO GODO

En contraste con el resultado de la convención liberal, la conservadora logró superar las tendencias divisionistas y salir a la palestra con un solo candidato. Así, a pesar de su inferioridad numérica, el conservatismo llevaba todas las de ganar.

Aunque los pronunciamientos conservadores durante la campaña, en todo lo referente a medidas económicas y sociales, no tenían la precisión y la apertura de los formulados por López, la persona del candidato aseguraba a la burguesía industrial lo que no la convenía de las fórmulas lopistas. El candidato Betancur entraba al mismo tiempo como un fiel amigo de las instituciones financieras y como un defensor de los industriales colombianos, especialmente de la región de Antioquia, el grupo más representativo de la industria nacional en el país. Belisario es antioqueño.

Por otra parte, frente a una clase media y a una oligarquía temerosas de los golpes guerrilleros, de sus secuestros y de sus robos, un candidato conservador, respaldado por el ala más derechista del partido, o sea, por la esencia del fascismo, era la mejor escogencia. El triunfo de Betancur en las regiones de guerrilla muestra, además, que no sola-

* Director del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), de Bogotá, Colombia



Belisario Betancur, el ganador

mente los que tienen detestan la guerrilla, sino que todo un sector campesino que se siente exprimido entre las fuerzas armadas y las tropas guerrilleras también aspira a que vuelva la paz.

Personalmente, el candidato Betancur ha estado afiliado al sector progresista del conservatismo. A la tendencia conciliadora y al grupo que se ha dirigido al sector urbano del país, desde los tiempos del Frente Nacional, cuando el presidente Pastrana puso fin a la deficiente reforma agraria y creó las corporaciones financieras para el apoyo de la construcción en las ciudades.

Se ha demostrado, pues, que Colombia no es una isla en medio del repunte conservador del mundo y de sus dirigentes.

LA PALABRA DE LA IGLESIA

Tampoco es un factor despreciable para el estudio de las elecciones colombianas el apoyo brindado al candidato conservador, en una forma típica, por la jerarquía de la Iglesia Católica.

Para quien conozca el país no cabe duda de que el Episcopado Católico goza de bastante prestigio y puede ejercer suficiente presión en el campo político.

El candidato López descuidó notablemente este frente al embarcarse con un equipo laicizante en materias de matrimonio, aborto y relaciones Iglesia-Estado. En cambio el candidato conservador siguió fielmente la tradición religiosa de su partido, amén de asegurar el apoyo de la exigua Democracia Cris-

tiana, que si numéricamente no pesa ni ha pesado nunca en Colombia, simbólicamente tiene una connotación favorable a los Obispos católicos.

En efecto, desde el comienzo mismo de la campaña electoral de marzo y con mayor insistencia en la víspera de las elecciones de mayo, los púlpitos colombianos insistieron en la responsabilidad del voto católico como deber ciudadano y en la importancia de la elección de plataformas ajustadas a la ética y la moral católicas. Es decir, que el liberalismo que había logrado asegurar algunos de los medios de comunicación más poderosos del país, perdió un canal fuerte de propaganda, por obra de las tesis de sus dos aspirantes, especialmente de López.

Así la militancia de la Iglesia Católica, que habría sido un ingrediente tradicional de la política colombiana y que fue decisiva en los tiempos de la guerra partidista que se denominó "La Violencia", durante los años cuarenta, vino a renovarse también en las elecciones actuales. Sin necesidad de aparecer como preferencia por uno u otro candidato, los imperativos morales favorecían al candidato conservador.

EL DESBARAJUSTE DE LA IZQUIERDA

La crisis de la izquierda es correlativa con el repunte conservador.

La situación electoral de la izquierda, pese a las propuestas preliminares de Firmes, del Partido Comunista y del MOIR (Maoísta) fue de una constante indefinición. Los dos primeros hicieron un llamado a la unidad y pusieron la consulta acerca de nombres.

Alfonso López Michelsen: No vio venir la derrota



Julio César Turbay: su gestión influyó en la derrota

Los maoístas proclamaron como su candidato a Consuelo de Montejo, pero sin consulta.

Los dos primeros lograron un acuerdo endeble, junto con el Partido Socialista Revolucionario y el único nombre sobre el cual se pudieron poner de acuerdo fue el de Gerardo Molina, catedrático de mucho prestigio nacional y de avanzada edad.

Ni los acuerdos de FIRMES con el Partido Comunista y el PSR ni la propuesta maoísta superaron las tradicionales contradicciones de dichos sectores. En las mismas vísperas de la elección para corporaciones, en el mes de marzo, el acuerdo maoísta se rompió y el de FIRMES también empezó a agrietarse, con la consiguiente catástrofe electoral.

Para las elecciones presidenciales, mal que bien, el candidato Molina tuvo acceso a la televisión y a las urnas. Pero la suerte estaba echada y los resultados no podían ser mejores en mayo de lo que habían sido en marzo. Se puede afirmar, que después de una larga crisis, la izquierda colombiana se ha sepultado ella misma.

EL ELECTOR GUERRILLERO

Se apuntó más arriba cómo el M-19 estuvo presente en estas elecciones. El nombre que alcanzó fama internacional cuando, en marzo de 1980, sus representantes secuestraron una veintena de embajadores, durante una recepción en la embajada de la República Dominicana en Bogotá, fue un actor principal en las elecciones de marzo y mayo de 1982.

Ya desde la época de la embajada dominicana, el M-19 se había constituido en interlocutor del presidente Turbay. Al acercarse el período electoral, el movimiento guerrillero manifestó su intención de participar en las elecciones. Ellos lanzarían su propio candidato: el jefe del M-19, Jaime Bateman.

Esta propuesta tenía como escenario los ya prolongados diálogos sobre un proyecto de amnistía que garantizara a todos los guerrilleros, en pie de guerra o prisioneros, el uso de su libertad y, por ende, el ejercicio de sus derechos políticos.

Los términos de la amnistía ofrecida por el gobierno eran bien diferentes de los propuestos por el M-19. Los matices entre ambos proyectos sirvieron como calibrador de las propuestas de paz hechas por diversos grupos políticos y presentados por los diversos candidatos.

El presidente Turbay, además, había nombrado una Comisión de Paz con el fin de estudiar las condiciones en que se podía conceder la amnistía. Como hábil jugada política, el mandatario designó como presidente de dicha comisión al ex-presidente Carlos Lleras, enemigo acérrimo de López y patrocinador del candidato liberal Luis Carlos Galán. Así, sin querer queriendo, el Señor Turbay iba conformando el resultado de las elecciones, cuyo resultado le será muy favorable para los años por venir.

El final de la Comisión era el que se podía esperar. Sus recomendaciones no pudieron ser aceptadas, porque el Ejército colombiano no estaba dispuesto a tolerar las concesiones a los subversivos. El candidato López, que se había montado en el carro de la paz, ofreciendo su propia amnistía y valiéndose de la mediación de Gabriel García Márquez, recibió con esa jugada, un golpe del que no se pudo recuperar, a pesar de su estribillo: la paz es liberal, vote por López.

Lo cierto es que, negadas las condiciones, el M-19 no pudo lanzar su candidato. Seguía fuera de la ley, a pesar de sus amenazas para no dejar llevar a buen fin las elecciones. De hecho, en vísperas de las votaciones de marzo, había dado una demostración, lanzando dos granadas de mortero sobre el palacio presidencial, sin causar grandes daños.

Ambas elecciones transcurrieron sin incidentes, demostrando que las amenazas del M-19 no pasaban de ser bravatas de un movimiento desgarrado por dentro y por fuera.

LA PAZ TURBAYANA

El sábado siguiente a las elecciones que dieron el triunfo a Betancur, el presidente Turbay, anunció, ante los cadetes de la Escuela Naval de Cartagena, que el 18 de junio de 1982, si no había contratiempos, se levantaría el Estado de Sitio y se suspendería el Estatuto de Seguridad.

La motivación para renunciar a la herencia, recibida de López, es justamente, el resultado de las elecciones. Se ha demostrado en ellas que Colombia es un país democrático y que la tal subversión ha sido aniquilada.

El estado de sitio, que durante los últimos veinte años de la historia colombiana ha durado, con intermitencias, quince años, es el pan cotidiano de los Presidentes de la República de Colombia. Sin excepción y sin distinguos de partido, todos han comenzado o terminado su mandato en estado de sitio.

El Estatuto de Seguridad fue un decreto-ley diseñado para incrementar considerablemente los instrumentos "contra la subversión". López, muy hábilmente, había esquivado su proclamación, a pesar de la presión de los generales, dejando a su sucesor Turbay el enfrentamiento con las Fuerzas Armadas, si se negaba. Obviamente Turbay aceptó promulgar el decreto, que le fue de gran utilidad para su "diálogo" con el M-19. Pero siguiendo el ejemplo de su predecesor, antes de retirarse de la silla presidencial, lo derogó. Esto es enteramente simbólico, ya que la sustancia del decreto ha sido incorporada a la legislación colombiana. En cuanto al levantamiento del estado de sitio, falta por ver la duración de esta intermitencia. De lo que no cabe duda es de que Turbay quiere así lavar su hoja de vida de los oprobios que le dejara la visita de Amnistía Internacional, invitada por él, lo mismo que disipar la sombra que le pudieran haber dejado las pírricas victorias del M-19, en el diálogo que mantuvieron durante los cuatro años del presidente.

En conclusión se advierte que la paz turbayana no pasa de tener un valor simbólico. Puede ser que el M-19 haya sido definitivamente derrotado. No es verosímil. Además de que persisten las más experimentadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) con su tradición campesina.

LA PAZ BELICA

Lo realmente preocupante es que la crisis social del país no ha sido resuelta por el mandato que termina; sola-

mente ha sido prolongada y, por consiguiente, acrecentada. O sea que, si el M-19 desaparece de las calles y campos, es previsible que los desocupados y los hambrientos sean capaces de igualar los desmanes del terrorismo, por elementales razones de subsistencia.

Detrás de la euforia y de las repriminaciones políticas producidas por una alternación del partido gobernante, obtenida en las urnas, se oculta una grave crisis de los partidos. La movilización lograda para las elecciones de 1982 no da base para pensar que los sectores populares se sientan bien representados por sus autoproclamados dirigentes políticos. Existe todavía mucha astenia popular como para pensar que los partidos han sido legitimados. Lo cual significa que el presidente Betancur no puede dar por sentado que su pueblo lo respalda, como se ha querido traducir su victoria.

Es cierto que los cabecillas de los sindicatos mayoritarios son conservadores. Esto, a no dudar, es una garantía de que habrá cierta paz laboral. Pero sería más seguro no apostar sobre el gozo del pueblo.

El cambio del modelo económico proteccionista hacia un modelo de integración al mercado mundial seguirá en su ajuste. Por consiguiente, es previsible que las bases sindicales obliguen a sus líderes a sacrificar la fidelidad partidaria delante de las presiones del desempleo.

Por las mismas razones, el cambio de una agricultura de consumo a una de exportación agudizará la subida de precios y hará que la canasta familiar se haga cada día menos familiar.

El presidente Betancur se hizo famoso por su lema de "casa sin cuota inicial". Si esto quiere decir retorno a la estrategia de la construcción, habrá que ver qué posibilidades reales tiene ese modelo ante los imperativos del vigente. Es posible que, si llega al nivel de paliativo, no alcance a poner las bases de una verdadera paz social; tanto más cuanto que el modelo vigente no es una decisión autónoma sino una imposición del capitalismo internacional.

Por todo lo cual, es muy factible que Belisario Betancur tenga que hacer honor al apodo que le han construido sobre su nombre: "Bélico".

